

# *Rosa mística*

Diego San José

## ROSA MÍSTICA

A mi querido amigo el Licenciado don José Pérez Andreu, cultísimo periodista y entrañable camarada.

La calle de los Santos estaba y está a la misma margen de la insigne iglesia de San Francisco, que es templo prócer entre todos los de la villa matritense. En ella y en las otras rúas sus hermanas se cobijaba lo más florido del Madrid bajo de rompe y rasga, que se orea en las *Vistillas* con los aires puros del Guadarrama, tamizados por la magnífica umbría de la Casa de Campo.

El Madrid que danza y rebulle en la romería de San Isidro, a mediados de mayo, y a la orilla del río, también comenzado junio alborota, se divierte y anda en apretadas contiendas bajo pretexto de rendir culto devoto al patrón de las niñas sin novio, que es el seráfico San Antonio de Padua.

Pues esta dicha calle, bautizada con tan bienaventurado nombre, era por los años ya distantes de 1803 como el relicario de los piadosos madrileños, y a bien que ellos no la trocaran por la mejor plaza de París, el más suntuoso *square* de Londres, ni la mismísima Vía Apia de la Roma triunfante y pagana.

Hasta el Puente de Segovia, llegaba el vaho de santidad que respiraba la tal calleja, que ni aun de tal categoría pasaba, y aún se metía con mucho rango camino de los Carabancheles, y quién sabe si se confundiría con las mismas brisas de la mar.

De todos los barrios llegaban peregrinos, que como iluminados se paraban ante cierta casa, y con tal fe se estaban contemplando la humilde y destartalada fábrica que no les separaban de allí, ni con agua caliente.

Quién llevaba consigo un niño tullido, y quería a toda costa entrarle en el portal, quien venía arrastrándose al amparo de unas muletas, y se restregaba la lacería con el mismo dintel de la puerta, pensando que ello era más que suficiente para verse de allí en adelante bueno y sano, quién traía sus penas y disgustos como si fueran tumores del cuerpo (aunque si bien se mira no dejan de serlo del alma) y entre lágrimas y mocos decía que no iba a apartarse hasta que la *santa* no fuese servida de darle el consuelo de su palabra divina.

Y con esto los vecinos, además de maravillados y confusos, estaban divertidos, y hubo alguno de conciencia tan ancha y espíritu tan gallofo, que sacó dinero a cuenta de la fe, vendiendo trapos viejos como íntimas y milagrosas reliquias que estuvieron puestas en el preciosísimo cuerpo de la elegida de Dios.

Ciertamente que cuantos venerandos recuerdos existen desperdigados por toda la cristiandad habiendo sido antes objeto usado por elegidos del Señor, no se miraban con ansia tan devota y fanática.

Un día amaneció en que se alteró muy seriamente el orden en la calle de los Santos, por un pingajillo de la *Santa* o por cualquier nadería que tocaron sus manos.

Reverenciados serán los restos del glorioso San Diego, en Alcalá de Henares; adorados los de San Isidro del Campo, en Madrid, y los de San Vicente Ferrer, en Valencia, pero ya pongo yo alguna cosa buena a que no llega a tanto su pleitesía como la que se otorgaba a cualquier hilacha o remiendo de la bienaventurada Clara.

Había quien por un pedacillo de lienzo que imaginaba haber formado parte de la camisa de su merced, diera la sangre de sus venas y aún renunciara a todos los bienes terrenos.

Muchos se maravillaban cuando oían hablar de peregrinaciones a Tierra Santa, y pensaban que la Humanidad estaba loca, pues no venía en potente avalancha que inundara toda la Villa a prosternarse a los pies de la Predilecta del Cielo, y a pisar las baldosas que bendecidas quedaban por el contacto de sus pobres sandalias.

No eran cédula para entrar ni la mucha devoción demostrada ante la casa de la bienaventurada, ni el rango y prez de las personas; los que conseguían el alto honor de trasponer los umbrales del privilegiado aposento, no se diría si no que traían bula extendida por el mismísimo Pontífice Romano.

Ministro de la corona hubo que ante las tapias de aquella casa humilde y medio derruida, vio que su influencia no valía de nada y su autoridad quedaba hecha un guiñapo inservible.

Aquello era como la antesala de la gloria, y ya es sabido que en tan alta república no se alcanzan puestos por banalidades y honores terrenos, sino por mansedumbre del alma y limpieza del espíritu.

Empingorotadas damas, que en Palacio entraban a todas las horas del día y de la noche con la misma libertad que en su propia casa, hallaban en esta otra la energía meliflua de una vieja oronda y fuerte, que rechazaba tanto honor para su hija, porque decía que no otra amistad buscaba ella ni necesitaba más que la de Jesús Sacramentado, esperanza de nuestra redención y nave única que nos ha de salvar de los crueles naufragios de la vida...

Los ciegos que no dejan vida ni suceso en paz, sacaron coplas y romances y alborotaban la villa toda con los prodigios sobrehumanos de su merced.

En las puertas de los muchos templos, se vendían rosarios, cíngulos, cilicios y disciplinas, que usaba el ángel de Dios en sus ejemplares horas de devoción y penitencia.

—Bienaventurados de esta marca quiere el Señor para su trono —decían muchos—, que no los que ahora se usan, que se van paso a paso a la gloria sin pena ni mortificación alguna, sino muy orondos y llenos de comodidades, con dos o tres horas de devoción diaria.

Y este reproche parece que solían hacerlo mirando las ventanas del monasterio, tras las cuales velaban por la salud espiritual de los maliciosos siervos del Señor Don Carlos IV, los austeros hijos de nuestro seráfico padre San Francisco.

Al oscurecer, solía acudir gente principal. Magnates de la Iglesia, hidalgos de campanillas, marquesas enlutadas, magistrados graves, militares de altísima graduación y aun ministros de Su Majestad, pero muy pocos, casi ninguno, eran los que conseguían pasar de la escalera, el santuario estaba cerrado a piedra y lodo.

El origen de aquella mujer *perfecta*, que, acompañada de su madre y una moza alcarreña, apareció un buen día en la calle de los Santos, permanecía en el misterio, a bien si todo debe decirse, que nadie se tomó la molestia de entrarse en averiguaciones.

Se sabía solo que, en las postrimerías de la frívola centuria de las empolvadas pelucas, tuvo su culto en el número seis de la calle de Cantarranas que en los tiempos de ahora se honra con el nombre imperecedero de aquel clérigo banal e insigne que fue en el siglo Fray Lope Félix de Vega Carpio.

Que, por su mansedumbre y humildad, se había granjeado muy intensamente el amor y respeto de todo el vecindario del barrio de los poetas (así llamaba el vulgo a tal parte de la villa, por aposentarse en ella lo más florido de nuestro Parnaso).

Es fama que era ocasión del más alto ejemplo el ver salir algunas mañanas a ambas mujeres en tren de ir a misa. Muy arrebuajadas en sus mantos, llenas las manos de libros devotos y rosarios benditos, pasaban ante las gentes madrugadoras, y apenas osaban alzar los ojos del suelo al dar los buenos días y desear la paz del alma con las palabras del ángel.

La criada se hacía lenguas de la virtud de sus amas en la soledad de su aposento, que el de un anacoreta del yermo no le fuera a la zaga en lo estrecho, mal acondicionado y lleno de incomodidades.

La mayoría de los días con tal unción tomaba la más joven su pleitesía al Santísimo que pasaba muchas horas en éxtasis, como poseída de la divina gracia, y decía cosas incomprensibles para los míseros humanos que de continuo estamos atenazados por el pecado mortal.

—Quién habría de decirme, siendo como soy una pecadora —exclamaba la moza—, que me estaba deparada tan gran ventura como la de servir a esta santa. No me la quite Dios en todos los días de mi vida, pues si así lo hace bien tengo sabido que cuando él disponga de mí, me voy al cielo como empujada por los ángeles, arcángeles y serafines.

Y los que comenzaron creyendo que hija y madre eran dos beatas corrientes y molientes y la fámula una parlanchina sin rumbo ni gobierno de su meollo, finaron por dar como cosa cierta, que en el barrio había roto su botón una flor de santidad...

\*\*\*

De allí a poco comenzó la alcarreña a propalar no sé qué de milagros, hechos con pobres enfermos a quienes los médicos habían desahuciado. Prodigios acaecidos en las imágenes del oratorio, que estando de ordinario en un mismo lugar, de la noche a la mañana aparecían en otro distinto...

La especie llegó a oídos de venerables religiosos, que quisieron conocer de cerca la causa de tales maravillas, y así había tardes que remedaba la casa un jubileo.

Muchos entraron incrédulos, recelando que todo ello fuese superchería e invención sacrílega y salieron tocados del mismo mal que la moza.

Clara (que así se llamaba la iluminada), se mantenía humilde y como confusa y aturdida de tanta pleitesía, y cuando más la reverenciaban y se espantaban de sus portentos, no hacía más que decir:

—Miren que se confunden y ofenden a Dios con tenerme en tanto. Déjenme sola con mi conciencia, que mucha soledad necesito para limpiarla de culpas y librarla de las asechanzas del Enemigo. Vengan sus paternidades a esta casa si fueren servidos, pero no para tomar ejemplo de esta pecadora, sino para que ella lo tome y la encomienden luego en sus oraciones al Todopoderoso.

Y lloraba y se retorció como si fuese el alma más perversa a punto de consumirse por la pujanza de sus delitos, en el fuego más vivo de los profundos infiernos.

Y la madre a su vez les llamaba aparte y les suplicaba:

—Padres; por la pasión del Crucificado y los siete dolores de la Virgen Madre, inmaculada y sin mancha, miren que les pido que me tengan cuenta con esa hija. Díganle que no se mortifique de esa suerte tan enemiga y despiadada, que es quitarse la vida. Las carnes se raja a puros disciplinazos y rasguños de cilicio, la salud pierde a fuerza de ayunos y penitencias, pues aun lo poco que come es desazonado y sin pizca de sustancia. Más de tres meses hace que anda como Dios quiere de sus cosas y no la puedo hacer que se procure remedio, pues dice que ello no es más de ardides que busca el Demonio para hacerla caer en la tentación...

Y los benditos padres la consolaban diciéndole: —Sosiéguese, hermana, y no tema. Estas cosas no son de este mundo, ya ella, que goza de la gracia del Espíritu Santo, sabe lo que se hace, y el Señor le da fuerza bastante para sobrellevar esas flagelaciones. ¡Ah, quién como ella pudiera lograr tal estado de perfección! Pero Dios quiere que esto sea solo para sus elegidos, y así podrá estarse ella sin beber ni comer cuarenta días, cual estuvo Moisés en la cumbre del Sinaí, como si fueran dos horas. No la interrumpa, hermana, ni la estorbe la devoción...

Y salían de la casa, ansiosos de propalar por toda la corte las virtudes de aquella frágil mujer, que estando en la flor y lozanía de su juventud; tal se trataba, que más que criatura viviente, parecía una muerta desenterrada, aunque sus ojos, grandes y negros, tenían un brillo penetrante y bajo su tosca estameña se adivinaba lozana y turgente la carne pecadora... y dícese pecadora, porque todo mortal hasta el fin de sus días es infeliz esclavo del pecado...

## II

Suele acontecer muchas veces que, entre flores sencillas del campo, como son madre selvas y amapolas, alza su rusticidad punzante algún cardo que es enfado del caminante, el cual distrae su atención de la gala humilde por no toparse con aquella. De esta suerte aconteció con la bienaventurada Clara.

\*

Cierta tarde acudió a su celda de la calle de Cantarranas un alma poco dispuesta para la gracia divina en demanda de consuelo para cierta inquietud de su espíritu, y aconteció que, habiéndole tomado en la escalera un insulto a tiempo de retirarse, debió de quedar desvanecida en un oscuro rincón de la oscura escalera, y allí estuvo sin ser advertida, obra de dos horas.

Volvió en sí después de un rato, pero aún tuvo que esperar para reponerse otro buen espacio.

Al cabo de un poco sintió abrirse la puerta del beaterío y oyó la voz de Clara que despedía a dos devotas, y a lo que parece no lo hizo con la unción debida o se le antojó de esta manera a la acongojada que dice que oyó no sé qué de:

—Aún estoy como muerta, que ese condenado marqués baila como una peonza y muele como una muela de molino.

Y aunque ello debía ser comentario de algún exorcismo difícil, el que oía lo tomó por resabios del bureo, y lo fue parlotando por la vecindad de manera que puso en tela de juicio la virtud de su beatitud, quien así como llegó a saberlo, pensando que el mejor medio de combatir la maledicencia es huir del foco donde hierve, se alzó de aquel barrio (con lo cual quedó más que castigada) y se trasladó a ese otro de las Vistillas de San Francisco, donde desde luego estaba más apartada del bullicio cortesano, aunque no ciertamente de la curiosidad y estrecha policía de las comadres.

\*\*\*

De allí adelante y desde el punto y hora en que se trasladó de aposento, no volvió a recibir menesterosos en su casa ni a hacer caridades de su misma mano, para esto tenía a su señora madre, y en verdad que no pudiera hallar mejor ama y alcaldesa de su hacienda.

Si alguno quería milagros, tenía que pedirlos indirectamente dando toda clase de detalles para que el prodigio fuese hecho con toda precisión, mas no contara con ver a la venerable ni aun por la poquedad de una rendija.

Aun a pesar de esta recia clausura, no faltaba quien tuviese que agradecerle hartos, y se hacía lenguas de la influencia que su merced tenía con los bienaventurados del cielo.

Entre los más entusiastas y elocuentes era un pobre menestral que vivía con tres hijos de corta edad en un mísero tabuco de la misma casa de los Santos.

Una mañana en que vio salir a la *elegida* para hacer sus devociones en el vecino templo parece que se arrojó a sus pies y besándole el halda del vestido, le habló de esta suerte:

—Señora, mire vuestra reverencia que es santa y está tocada de la gracia divina, que por esto es sobre la tierra consuelo de pecadores y alivio de desgraciados, como haga alguna cosa con que este infeliz y cuatro inocentes criaturas se remedien, pues a la hora esta no han tomado nada desde ayer a las doce del día.

—Levante, hermano —dijo la *santa*—, y mire que está confundido, pues yo no soy más que una pecadora. Así y todo, como a veces la intención hace tanto como el poder,

vaya ahora mismo a oír tres misas en el altar de alma de San Cayetano, y al caer de la tarde, irá a la pradera de la Teja, busque un árbol que tiene grabada una cruz, y encomendándose muy de veras a Nuestro Señor, cave en su alrededor, que yo le fio que en esta corta penitencia hallará algún alivio para el desamparo en que vive. Espere en Dios, hermano, que Él no abandona jamás a las criaturas que forma a su imagen y semejanza...

Y tomando el cingulo de cuero permitió que el hombre lo besara.

Lleno de fe se encaminó este a poner por obra cuanto acababa de escuchar, y se halló, apenas si dio dos azadonazos al pie del árbol, con un bolsillo preñado de dos docenas de escudos de oro, que eran como veinticuatro soles en un medio día de agosto.

De allí adelante su agradecimiento fue más que una trompeta, un trombón de la Fama...

\*\*\*

Cada día iba más en auge la ciencia milagrera: cuando no era un niño arrancado de las mismas garras de la Muerte, no faltando un adarme para que fuese camarada de los angelitos del Cielo, era un ciego pedigüeño en la lonja de alguna iglesia que recobraba la vista, otras una mujer llena de lacería que con solo haberse pasado un borde del manto de la Santa, quedaba tan limpia que no lo era más una fuente cristalina.

Tanto prodigio, que recorría la villa de parte a parte, llegó a oídos de su ilustrísima el señor Obispo auxiliar de Madrid, D. Anastasio Puyal y Poveda, quien por sí mismo quiso visitar a la elegida del Señor y admirar sus portentos. Salió maravillado, proclamando que sobre la faz de la tierra no consentía otra cosa igual la Divina Omnipotencia.

Así pues, comenzó a bullir el caso en las más altas esferas, y no había dama de campanillas que no quisiese adorar a la beata Clara y hacer una novena en su oratorio.

Ella se resistía en principio, diciendo que la sencillez de las almas buenas la confundían, pues no era más que una gran pecadora que penitenciaba sinceramente para ver borrar las manchas perniciosas que la impedían acercarse al divino estado de perfección que se necesita para llegar a conseguir la suprema gracia...

—¿Pues tanto pecador hay en la Tierra —plañía con voz contrita— que miran a esta miserable criatura como prodigio de perfección? ¿Piensan que no me harían poca merced con descubrírmelo? Ténganse, hermanos; vuelvan los ojos al Cielo y apártenlos con horror de esta miserable criatura que quisiera huir de sí misma. Los que acuden a mí equivocadamente, sí que dan alto ejemplo de humildad y gracia cristiana, puesto que, en su fe interna, se advierte cómo quieren acercarse a Dios y merecer el beso de paz que da en la frente a los elegidos.

Y las sencillas o bobaliconas gentes, que creían de buena fe las palabras de Clara, al cebo de ellas se hincaban más en el fanatismo estúpido, y no fueran bastante para arrancarle de él cuantos sabios notables ha producido el Orbe.

Al apartarse de ella comenzaban los comentarios, que eran de un apasionamiento loco.

Quién contaba milagros hechos en su presencia, y los refería con tal minuciosidad, que no lo hiciera tan peregrinamente de haberlos visto con los ojos del rostro que no con los de la fantasía.

Quién hablaba de la vida de su merced, con tal elogio y conocimiento de los pasados capítulos de su vida, que no lo hilara más fino un cronista, puesto a su servicio desde la cuna.

\*\*\*

Tanto era el auge que tomaba la devoción que el Santo Oficio tuvo a bien no inmiscuirse en el caso ni hacer indagaciones por su cuenta; lo que resultara, allá saldría cuando Dios fuese servido.

A buen seguro que, si tan altas personas no anduvieren royendo los zancajos a la Santa, ya él hubiese cumplido con su menester, pero tales manos lo hilaban que no había forma de manosear la madeja.

Cuando dejó su merced la calle de Cantarranas, no hubo consuelo para aquellos vecinos, así como tampoco había pena para los de la barriada de San Francisco, donde como se deja dicho tomó aposento, porque entendieron estos que a ellos se pasarían los milagros y bienandanzas.

### III

A la misma hora de anochecido, salían todas las tardes, muy contritas y con los mantos echados por los rostros, dos tapadas. Volvían la esquina de la calle de los Santos y echaban hacia la Morería.

—Estas sin duda que vienen muy temprano —decía una comadre— porque nadie las ve entrar. Cosa segura que se quedan haciendo penitencia con la santa.

Otra, apuntaba:

—Dicen que son dos duquesas.

—¿Y cómo lo sabe? —argüía una tercera—, si no se les ve la cara, ni hay carretela que las espere, que ellas muy humildes y cavilosas se van por su pie, y ni siquiera hay quien pueda decir que las ha oído el metal de la voz.

—Vayan benditas de Dios —dijo otra— y cuánto mejor nos fuera si estas almas perfectas menudearan, que así no nos iríamos los míseros pecadores tan paso a paso para el infierno.

—Si fuera —comentó otra— de ser ellas tal y como nos pensamos, pero no se tengan creído que es oro todo lo que reluce.



—Ya está la vieja desconfiada y maldiciente, para la que no hay alma pacífica ni honra quieta —la atajó una comadre, de buen ver, que en aquel mismo instante ponía uno de sus rollizos pechos entre los labios de un mamoncillo—. ¿Pues qué ha visto en ellas, que tenga que echárselo en cara, ni más ni menos que si fuese un pecado?

—Tengo yo muchos años y más trastienda —replicó la zaherida— y no me las trago como algunas. Mucha penitencia y mucho ayuno, pero yo sé que no se alaba a Dios cantando polos y serranas, ni comiendo tostones y pasteles de Puerta de Moros.

—Pero, ¿habrá alacrán, mala hierba? —exclamaron algunas—. Así agradece las limosnas y mercedes que le hacen.

—¿Qué tengo yo que agradecer a nadie, si no es a mi pobre nieto y a la sopa de los padres de San Francisco? Y vayan muy enhoramala, que no quiero hablar con mulas de reata, que piensan que los pájaros maman.

Y renqueando penosamente se metió en el patio entre la rechifla y vejamen de la comadrería...

\*\*\*

Los ardores de la estación, pues ya julio caminaba a buen andar, hacían que la gente del barrio, cuando era noche, buscase en la calle el fresco que no había forma de hallar en las habitaciones, y así en lo que duraban las veladas, eran temas de todas las conversaciones la notable vida penitente que hacía la elegida del Señor.

En aquella noche fue asunto largo que no se dejó hasta la hora de recogerse la iracundia de la vieja, y aunque todos la condenaron, parece que no faltó cierto mancebo de la botica de Palacio pareja de amores de cierta linda menestralilla, que mostró algún más discernimiento y claridad de sentido que todos.

—Yo de mí —dijo el mozo— ningún motivo tengo para poner en los campos de la duda la santidad de su merced, pero como uno, en aquellos ratos que le dejan tranquilo la confección de píldoras y tisanas lee su poco y se entera de lo que pasa y se piensa en el Mundo, se me cierra un poco el gznate cuando trato de pasar tales prodigios como bolas del puente de Segovia. Creo que el tiempo de los milagros ha pasado ya.

—¿Y qué lee el señor oficial? —inquirió un vejete asmático y barrigudo—. Acaso esos librotos que vienen de Francia, azotes de la fe, que, si yo fuera nada más que por un día el Príncipe de la Paz, yo sé muy bien lo que hiciera con ellos, y con los necios que se queman las cejas revolviéndolos.

—No se sulfure su merced, tío Manolillo, que no lo merece la cosa —replicó el muchacho—pues lo que yo leo no hace más que abrir los sentidos, y por ello sé que hay muchos desaprensivos, que viven de la buena fe de los demás. ¿Acaso no ha oído hablar ahora de una bienaventurada de Cuenca que da ciento y raya al Cristo más milagroso de cuantos tiene la cristiandad? Pues ya verá como todo para en pasearla en burro por las calles de la dicha ciudad.

Aun la misma novia se creyó en el trance de salirle al paso, diciéndole, puesto que toda la gente honrada decía bien de la pobrecita de Dios, que no tenía él para qué lanzar

la manzana de la discordia, así pues que se callara y escuchara humilde la voz del pueblo, que es la voz del cielo, o sobre ello, morena.

—Miren que yo sé de gente de Palacio —replicaba el hombre— que acude a esta casa y no tiene nada de buena vida.

—Le habrá tocado Dios en el corazón y vendrá con la carga de su arrepentimiento.

—O a llenarse de más pecados. Pues qué, ¿para estas cosas no hay tribunales de penitencia en los mismos templos de Dios? ¿A qué viene el hacer una casa particular vertedero de la conciencia?

—Ahí ve el maldiciente —le atajó otra comadre— cómo habla porque le inspira el demonio, y por lo tanto no sabe qué se dice. Aquí no vienen sino a ejercicios piadosos de devoción, y en cuanto a si la casa está dispuesta o no para en ello, sepa el hereje, que la pobrecita santa goza bula del Padre Santo, para tener al Señor de manifiesto en su mismo oratorio.

—¡Ave María Purísima! —exclamó el mancebo dando de lado por la fuerza de la admiración a sus resabios volterianos.

La mujer pensó que si hizo tan santa invocación fue porque creyó mentira sus palabras, y yéndose para el desconfiado con los ojos encendidos y las uñas prevenidas para arrancarle los suyos, continuó hecha una fiera:

—Pues, qué ¿tengo yo facha de embustera para que ponga en duda mis palabras? Sepa que dicen tanta verdad como el evangelio de la misa, y ese Señor sacramentado, le han visto estos ojos que se ha de comer la tierra. Nos ha fastidiado el matasanos...

Cuando le consintió la iracundia de la ofendida explicó el hombre como pudo que no fueron sus palabras las que le obligaran a la invocación de Nuestra Señora, sino el que tal herejía hubiese consentido el Pontífice Romano.

—Quisiera yo ver esa bula, porque se me hace muy cuesta arriba el creerlo. A buen seguro que esto no lo sabe la Suprema.

—Y ¿qué tiene que ver la Suprema con lo que viene de más arriba? —replicó el vejete—, pues sepa que tanto como eso ha conseguido el señor nuncio de Su Santidad, D. Pedro Gravina, y a buen seguro que tan dignamente está la Divina Majestad de manifiesto en casa de su merced, como en la misma iglesia primada de las Españas. Y mire el mozo para aquí adelante (si en algo se estima y estima a los que le favorecen, empezando por la que ha de ser su esposa en los altares) de no traer aquí semejante pleito de difamación, porque no todos los días suelen estar los ánimos bien dispuestos para escuchar estas cosas y pudiera tener que sentir.

Todos aprobaron a coro las últimas palabras del vejete barrigudo, y el mancebo de la real farmacia, viendo que con escucharle tanta gente predicaba en desierto, tuvo por buen consejo de callarse y que cada uno marchase por la vida como bien le apeteciese... Él con arrullar a su novia y tejer deleitosamente el copo de su cariño ya había cumplido con lo más sustancial de la vida...

#### IV

Ciertamente que el régimen interno de la devota mansión no solía corresponder muy bien a la fama austera que tenía en la vecindad y aun en toda la villa; pero ello, si va a mirarse bien, tampoco era cosa para pensar que tanta virtud fuese tramoya de la fina, puesto que después de las arduas tareas y rudos ejercicios de penitencia, hay que conceder algún bienestar al cuerpo para que no pierda la salud, y con ello la imponderable labor de acercar almas a la divina gracia.

A punto de las doce del día, tanto en invierno como en verano, se comía la olla oronda y repleta como se acostumbra en las ricas casas de Castilla, sin que faltaran en ella para no hacer mal tercio a los garbanzos desamparados, la pelota, la media gallina, el sabroso jamón curado al humo y el apetitoso chorizo de Extremadura comprado al tío Rico, que era el más experto y concienzudo choricero que entraba en la Villa por el puente de Toledo.

No faltaba en la tarde el succulento chocolate de Torroba, en el que se esponjaban deliciosamente sólidos bollos de los reverendos padres de Jesús, o los incomparables bizcochos de las madres clarisas; venían luego los bolados y el agua naranjada, fría en los meses caniculares, con nieve de los pozos de la Puerta de Fuencarral. De esto, ya entraban a tomar parte los devotos distinguidos, tales como el Nuncio, el señor Obispo, el P. Fray Bernardino, confesor de la *elegida* y maestro de novicios en el frontero monasterio de San Francisco, un auditor del Tribunal de la Rota y alguna piadosa marquesa que también empleaba las horas del día en ejercicios de caridad y prácticas de devoción...

Y esto, que como se ve no era cosa para espantar a las gentes ni inquietar las conciencias, no dejó de hacer su mella entre los que no estaban bien dispuestos para comprender la perfección de los espíritus que quiere Dios, para ser en un día, próceres y pajes de la grandeza de su corte. Y lo que parece que hacía más hincapié entre los desconfiados, fue el ver algunas noches, que después de que salían las dos dignidades eclesiásticas, entraba un gentil guardia de Corps, de aquellos que tan notable mella hacían en el sensible corazón de la reina María Luisa...

\*\*\*

Y una noche, después de la habitual velada de los vecinos, se quedaron solos en un corredor disfrutando de la grata temperatura, los dos únicos a quien no esperaba el trabajo a punto de amanecer, y fueron aquella vieja que no quería nada bien a la bienaventurada y el vejete que tanto la defendiera en el capítulo anterior.

Por un buen espacio estuvieron callados y, cuando comenzaron a hablar, fue para traer a cuento, como tienen por costumbre todos los viejos que en el mundo han sido, son y serán, que no hay edad como aquella en que ellos fueron jóvenes, y así su charla no era más que una entusiasta glosa de los tan traídos y llevados versos de Jorge Manrique:

«Cualquier tiempo pasado,  
fue mejor...».

En esto, de una ventana del piso principal, vino un vivo resplandor, que rasgó la tiniebla en que el patio estaba sumido, y luego, como si viniera de muy adentro de la casa, el rasgueo débil de una guitarra...

Ambos viejos se miraron.

La vieja dijo con cierto tonillo impertinente.

—Cuando yo digo. Si la hija de mi madre es una pécora, una mala lengua que no goza más que levantando falsos testimonios al prójimo.

—¿Pues qué pasa? —inquirió el viejo.

—Hijo, ciego tiene que ser usted para no verlo —continuó la vieja afianzándose más en su labor disolvente—, pero una no puede hablar, porque luego se piensan que es envidia y mala querencia. ¿No ha visto usted esa luz?

—Sí.

—Y ¿no se ha santiguado usted y ha caído de hinojos? Pues confiese entonces, tío Manolillo, que está en pecado mortal y a dos dedos de irse al infierno por la posta, porque sepa que esa luz no es otra que el resplandor de la corona de la santa.

—¿Qué quiere usted decir, madre Claudia?

—¿Y tampoco ha oído el rasgueo de una guitarra tañida como en tono de *fandanguillo*? Pues sepa, hombre pecador y descreído, que no es otro ese grato sonar, que el tañer de las arpas y rabeles que tocan el celeste coro de arcángeles y serafines en torno de su merced.

Iba a replicar el viejo, cuando le atascó la voz en la garganta sin darle tiempo ni lugar para salirle a los labios, la letra de esta copla, que en la soledad de la noche, dejó sus cuatro versos clara y distintamente:

«Ven aquí beata Clara  
santa de mi devoción,  
que ya tienes puesta el ara  
en mi propio corazón...»,

—¡Bien está la salve! —dijo la vieja.

—Pero, ¿es posible? —protestaba el viejo—. ¿No habremos oído mal, madre Claudia, no traerá el viento un eco lejano?

—Ya lo creo, hombre, de Babia, que es donde está usted la mayor parte de sus días.

—Si me lo dicen, no lo creo. Aún lo estoy oyendo y lo pongo en duda... Pues mire, madre, si he de hablarle con franqueza, ya que estamos solos —dijo el tío Manolillo— también a mí me costaba trabajo tragarme tanta santidad, porque yo, en buena hora lo diga, soy cristiano viejo y no creo que los santos existan más que en los altares.

—Y aun de estos habría que poner muchos en cuarentena.

—Bien, dejemos ese cuidado aparte, que doctores tiene la Santa Madre Iglesia que saben más que nosotros, pobres pecadores... Pues sabrá que, por exigencias y tiranías de mi mala salud, como allá adentro de mi zaquizamí casi no puedo respirar, me paso la mayoría de las noches en este mismo lugar, y ya hace más de tres y más de cuatro, que

cuando todo está dormido he escuchado esa misma zalagarda y advertí esa procesión de luces por las ventanas del mismo cuarto.

—Pues claro, alma de Dios. Como que esta es la hora en que las brujas celebran su fiesta.

—¿Y cómo es que está aquí su merced, entonces?

No hizo la madre Claudia aprecio del *madrigal* porque era cosa que escuchaba de sus convecinos todos los días y a todas horas, y continuó:

—Lo que yo le digo a usted y está viendo por sus propios ojos, es que esa es una perra vaga, enemiga de Dios y de sus santos, que comercia con los bobos como usted, que se las tragan como puños. Mire usted que creer los muy brutos que pone huevos de gallina... Como me llamo Claudia Tortuero, que, si no fuera por las incumbencias y sinsabores que trae, cuando amaneciera me iba a dar parte a la Inquisición, pues es pecado mortal ver estas cosas. Dígame, las tablas de pasteles y vinos que vienen de puerta de Moros y se meten por la casa de atrás, ¿son para hacer penitencia? Tengo yo el colmillo muy retorcido y no me las trago así como así. Mire usted cómo no siguió haciendo milagros en la calle de Cantarranas.

—Lo que yo digo —arguyó el tío Manolillo, que, por ser hombre de bien, se resistía a darse por vencido— es que, si es tan pécora como dice el ejemplo que tenemos a la vista, ¿por qué la reverencian y tienen en tanto personas de tan alto linaje en los estados de la Iglesia, y cómo cada tarde hay aquí más señorías y eminencias que en los mismos besamanos del rey? ¿Entre tanta maleza, no habrá alguna flor?

—Dios me perdone, pero quiero hacer el favor a toda la gente de sotana, mas no a los otros, de creer que son unos zotes, dignos de arar, pero no como mozos, sino como bueyes, porque se me resiste mucho pensar que sean tan bellacos.

—En fin, no se hable más del asunto, no vengan mal dadas y tengamos nosotros, sin haber comido ni rezado jamás en esa casa, que danzar luego entre familiares e inquisidores. Descanse, hermana Claudia, yo voy a ver si estos malditos pulmones me dejan dormir dos o tres horas, y si estas cosas le exacerban la bilis tome en ayunas una taza de flor de malva sin azúcar, que es como mano de santo.

Y se deshizo la tertulia y se rompió el coloquio.

\*\*\*

Quedó solo el patio.

De vez en vez rompían el silencio en la calle los ladridos de algún perro vagabundo, y en el mismo corredor que valió a los viejos por salón de conferencias, el monótono chirriar de un grillo triguero, escándalo de la vecindad en las altas horas de la noche consagradas al sueño.

Las brisas que Guadarrama envía a la Villa, tamizadas por las espesas frondas de la Casa de Campo, eran suaves y deleitosas y convidaban a honrarles en las plazas y en las azoteas.

En el santuario continuaba la devoción que tan impensadamente tuvieron que descubrir los viejecillos.

A intervalos se escuchaba muy bien la algazara.

Otra copla volvió a oírse, pero no se advirtió de manera tan perceptible como la de antes, mas sí los oles y el bureo con que fue recibido.

Al fin se apagó la luz que pasaba al través de los balcones, y en mucho tiempo nada interrumpió la serena quietud de la noche.

Poco antes de amanecer, muy sigilosamente bajaban la empinada escalera hasta media docena de individuos de ambos sexos; algún vecino madrugador exclamó con ingenuidad y encono:

—Ya les ataría yo corto a estos conspiradores, encismadores del pueblo.

Así como en los conventos era el mediodía hora de rigor para verse la puerta llena de pobres que acudían a la sopa, lo era también en las inmediaciones del santuario particular, para que el ignorante fanatismo de la plebe acudiera a manifestar su devoción y pleitesía.

Acaso no acudiera tanta muchedumbre a recoger las sobras del vecino monasterio.

Viendo tantas mujeres con niños en los brazos no se pensaría sino que en aquella casa habitara algún famoso médico, que fuese para las infelices criaturas la salud y la vida, pero para esto no se habrían molestado las comadres, que en todo caso sería cosa terrena y banal sujeta a errores, y ellas querían la ciencia divina y sobrenatural, que dicen que no falla y es perenne como la otra vida.

Estas mujeres llevaban a sus hijos lacerados a que los curase la santa con el soplo de su aliento, el tacto de sus manos o el roce de sus vestidos, y aun las había que se daban por un punto más que servidas, ya que el ver frente a frente a su merced no era cosa tan fácil, con que el tocamiento no pasase allá de las paredes de la casa.

Los pocos que por privilegiada merced de estas que se presentan una sola vez en la vida como favor singularísimo, habían logrado ascender por la empinada y nada limpia escalera, hasta la misma mansión santificada, eran tenidos por los demás como seres superiores, y no cambiaran ellos mismos tan señalada fineza por una peregrinación formal, libre de gastos a Tierra Santa...

Y las visitas de la clase de rango también coincidían a esta hora, por lo que estaban los alrededores tan orlados de carretelas y carrozas que no parecían sino las cercanías del regio alcázar en día de recepción solemne.

Dicen que la madre de la beata necesitaba multiplicarse para dar audiencia a tanta gente, porque pensar que de buenas a primeras iban a ver a la bienaventurada, era pensar en lo imposible; harto más fácil era ver al serenísimo señor Príncipe de la Paz y a la paciente majestad del rey D. Carlos IV.

La dicha madre, que era una alhaja, podía muy bien ser maestra de diplomáticos.

A fuerza de muchos ruegos y más dádivas conseguía ir entrando poco a poco en el seno de lo que pudiera llamarse devoción íntima, y aun para ello eran necesarios tantos

requisitos, que no hubiera más escrúpulos en hacer una probanza de sangre para conseguir un hábito y tomar carta de nobleza.

En fin, que tan complicado y bien dispuesto estaba el aparato de santidad, que cuantos llegaban, por influencia o por industria de mucho afecto, cerca de la *venerable*, salían creyendo en ella con toda fe y pensando que ningún bienaventurado de cuantos andan por el martirologio y el almanaque, tenían tanta mano en las oficinas de cuenta y razón de la eterna vida.

¡Cuántas veces, muy graves doctores en sagrada Teología hicieron intención de coger a Clara en un renuncio, en la más pequeña falta de fe, y siempre se vieron confundidos y cegados por la ejemplarísima humildad de su merced!

Alguno de ellos, lumbrera famosa en la Cátedra del Espíritu Santo, tuvo entrevistas de muchas horas, la mareó a preguntas difíciles, le puso conclusiones tan apretadas, que un licenciado hubiera tenido que echar mano de toda su ciencia, y ella, en cambio, la resolvía, que no lo hiciera con tanta llaneza y desparpajo cualquiera de los cuatro evangelistas, recias e inmovibles columnas del Antiguo Testamento.

—Dígame, hermana —solían preguntarle— ¿Cómo puede valerse para hacer esos milagros que no se han vuelto a ver desde que Jesús vivió entre los hombres? ¿Cómo siendo la pobreza misma, viste al desnudo, alivia al afligido, consuela al desventurado y remedia al mendigo? ¿Cómo siendo lega en las artes de curar, da salud al enfermo, compone al lijado, limpia la sarna y seca las llagas? ¿Cómo estando en su casa constantemente, sabe cuanto acontece fuera de ella, tiene noticia de sucesos que acaecen a muchas leguas de la villa y sabe de personas ausentes, que acaso no vio en sus días?

Y la beata, sin alzar los ojos del suelo solía responder, con voz débil y humilde.

—Su paternidad confunde a esta gran pecadora que no ansía más que servir a nuestro Señor, en el silencio y en el desamparo. ¿A qué cuerpo enfermo puede ofrecer salud quien tiene el alma en pecado mortal? ¿A qué miembro afectado ofrecerá ligadura quien padece el espíritu hecho esquirlas, que es cada una pasión domeñada? ¿A qué infeliz comido de la lepra se acercará quien tiene el corazón podrido y el pensamiento lleno de lodo? ¿A dónde volará una imaginación, si tiene las alas sujetas por sus propias culpas? Yo no soy más que tierra liviana, ortigas de los rastrojos, cieno de las charcas... Encomiende mi alma, rece por mí, no me olvide en las noches de penitencia. Y cuando oiga sonar la campanilla del Santo Viático, gócese de que puede sonar mi hora... ¡Milagros esta carroña?... ¡Prodigios este muladar?... ¡Éxtasis esta carga de escoria?...

Y el pobre doctor, que escuchaba vejamen tan horripilante, se quedaba confuso, lleno de una dulce inquietud, pensando:

—De esta clase de barro son los arcángeles y serafines que rodean el trono del Altísimo. Los próceres y magnates de su corte, los príncipes y señorías de la ciudad santa, Jerusalén redimida. ¡Bendito sea Dios que me ha concedido vivir hasta conocer en la tierra esta proscripta del Cielo...!

Y después de besar a su merced el cingulo de esparto, salía su reverencia, tan en gracia de Dios, que no se cambiaría por un agonizante despachado con todos los sacramentos...

## VI

Cómo de cierto es aquel dicho que de continuo anda en labios del vulgo, y son sus breves palabras un vasto y profundo curso de filosofía: *No hay bien ni mal que cien años dure.*

Así de pronto parece perogrullada de las más insignes, pero no lo es; esta buena pieza que traigo, lector, con tu licencia entre los puntos de la pluma y la blancura del papel, podrían dar justísima razón.

Harto tiempo llevaba con su industria devota, y a fe que tenía creído que con ella podría tirar sin miedo a tropiezo alguno hasta el cabo de sus días, pero ni ella ni su santa madre habían contado con la huéspedada...

No hay desdicha en el mundo como la de salir una criada respondona. Y más si por tener goteras que tapar en la opinión, se la sufren las insolencias. Yo pienso que se adelantara más haciendo confesión pública de las culpas, que fiándolas al secreto de una moza de servicio. Si tengo para mí que la prensa periódica fue invención de una criada...

Allá, después de la devoción con que se cegaba al vulgo (y entiéndase que no solamente es vulgo el pueblo, sino hasta las mismas personas de sangre real, como tengan emplebeyado el sentimiento), se volvían las tornas, y se prevenían las más alborotadas jaranas de que se tiene memoria en la villa matritense.

Aquellas tapadas que solían verse a punta de noche bajar muy contritas del santuario, no eran sino hija y madre, que salían amparadas de las primeras tinieblas a disponer el bureo nocturno.

Otras veces, era una penitente rezagada, que tuvo necesidad de quedarse a dormir el cansancio que le produjo la lucha con el pecado mortal.

Aquel rumorcillo liviano envuelto en los versos pícaros de una copla, que una noche oyeran dos viejos más despiertos y desconfiados, que toda la vecindad, continuaban oyéndose, pero los crédulos y devotos pensaban que venían de otra parte, y cuando mucho, que era el demonio que huía.

Algunas veces, al través de un visillo se advertía la silueta de un guardia de Corps, pero bien podía ser ilusión momentánea, o la misma madre de la santa, que más tenía traza militar que femenil.

Lo cierto era que había algún tiempo que en el ambiente se cernía cierta atmósfera hostil que pugnaba por enroscarse alrededor de la bien elegida, y a la calle salían ya algunas especies poco respetuosas, y eso que en su verdadera figura, sin trama de penitencia de los devotos de buena fe, ninguno la había visto.

Dicen que sin la estameña, los cíngulos de esparto, las sandalias de cáñamo y la cabellera desordenada, era mujer de muy buena estampa.

Morena la color, grandes y negros los ojos, razonable la estatura y hecha como por mano de tornero, pues era alta y firme de pechos, el cuello mórbido y fino, y el pie chico y primorosamente calzado, como correspondía mejor a una damisela de rango, que a una penitente ejemplar...



Tenía el rostro muy graciosamente aderezado, el reír era armonioso y franco, y la voz suave y pastosa, que a las veces el metal de su voz más era para dar almas al malo que ángeles a Nuestro Señor.

Mas no se quiera entender por esto que ella fuese de finas maneras y exquisito trato, pues si se le fuese a hacer inquisición del carácter, de manera alguna podría ponerse facha de mujer cortesana; y aun de aquí puede entenderse que arrancó el camino de su perdición.

Cuando dejaba de cumplir su santo ministerio, y tenía que entendérselas con su madre o con la moza, no acertaba a mostrar aquella sencillez evangélica de que el vulgo hacía tan enormes elogios. Entonces es fama que traía en la boca todo el pintoresco vocabulario en uso por las Amazonas de las Vistillas, y las náyades de la calle de Toledo.

Se hubiera recogido el pelo en una redecilla, puesto un corpiño de satén y una basquiña rameada, llevando al brazo una cesta de hortaliza y a fe que no hubiese verdulera más bien plantada en todo el vasto continente de la cortesana villa. Y de esta suerte sí que hubiera estado guapa. A voces la hubiese pedido para trasladarla a un lienzo el maravilloso pincel de D. Francisco de Goya, pintor insigne de majas y duquesas; D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, componedor ilustre de sainetes, de no haber fenecido en las postrimerías del siglo anterior hubiese enjoyecido alguno de ellos con el tipo de Clara...; pero sin duda alguna, Dios para su mejor servicio se dignó disponerlo de otra suerte, y así salió este angelico de retablo.

Yo sé de muchos que más se holgaban de la perfección de su cuerpo que de la sencillez y limpieza ficticias de su alma, y más le estimaban unas vueltas de bolero y una tonadilla nueva, que una jaculatoria o un rosario, dichos en estado de gracia.

## VII

Parece que una noche la penitencia carnal fue tan prolija y laboriosa, que cuando Dios fue servido de amanecer, faltó poco para que la vecindad no se diera cuenta de todo, y en aquel mismo punto y hora tuviesen lamentable fin la vida y milagros de la beata Clara.

Tan trastornada habría de estar la moza, que, como dice el refrán, con las glorias pasadas se fueron las memorias presentes, y al salir a la compra como tenía por costumbre, dejó sin encajar la puerta de la escalera.

Si a algún curioso le hubiera acometido el deseo de fisgar, no hubiese tenido más trabajo que el de empujar un poco y embocar en la casa lindamente, y mía fe, que hubiese sorprendido muy notables cosas para hacer el panegírico de su merced.

Pero no es ello (por respeto a los lectores) para traerlo a cuenta y comentario en el alma de estas líneas; baste saber que andaban abrazados unos con otros por todo el santuario los siete pecados sin que las siete virtudes que según el Catecismo son freno de ellos diesen barruntos de asomar por parte alguna.

Cuando la madre se levantó y halló el entuerto de la descuidada moza, se alborotó mucho, y cuando llegó esta le dijo tantas y tales cosas, que la fámula osó alzarle la voz y responderla de igual a igual. Con esto se soliviantó la vieja más de lo que ya lo estaba, y fue necesario que la hija interviniera.

\*\*\*

—¡Insolente! ¡Desvergonzada!

—Allá va quien puede dar lecciones. Y si la desvergüenza se vendiera al peso, en menos que lo estoy diciendo, nadaría en oro.

—Esto es lo que trae el proteger y dar alas a piojosas llenas de roña.

—De que se me ha pegado cuando le paso la lendrera y le lavo la porquería de engañar a los bobos. Y protegerme ¿en qué? si buenas magras me he comido, bien me lo he ganado, y sus cuentas les tendría en dármelos. Nos han *fastidiao* las santas de pega.

—Ya haré yo que le hagan callar con una mordaza, en cuanto venga el señor fiscal.

—Sí, y la niña, que es boba se va estar aquí esperándole.

—Eso no será...

—Sino ahora mismo. Si ya me apesta el vaho de esta casa, y maldigo del pan que he comido en ella y de los salarios que cobré, que como fueron en pecado mortal, ahora mismo tengo que ir a descargarme la conciencia, pues, según lo que me pesa, no parece sino un saco de plomos.

Y quitándose el delantal la enfurecida alcarreña, lo arrojó a los pies de sus amas, como un emblema denigrante y vergonzoso que le pudiera contaminar la carne pura.

Viendo ellas el caso grave, quisieron atajarle con palabras más blandas.

—Y ¿qué le irá a contar la bachillera que ella no haya hecho, si más que como a sirviente la hemos tratado como a hija?

—Pues me ha llegado la hora de hartarme de tantas finezas.

—Mas, ven acá, necia, ¿dónde irás que mejor estés ni más te consideren?

—Ni qué sacarás con salir de aquí hecha un basilisco y dar un cuarto al pregonero.

—Quitar caretas, que no todo el año ha de ser carnaval. Y adiós, que no quiero más parola. Mi salario ya me lo tengo cobrado. Que el Diablo las lleve, y a fe que llevará leña para un rato.

Y tomando la puerta echó a correr y no paró hasta que no se vio lejos de la casa...

\*\*\*

Toda la algazara y diversión de la noche, se les convirtieron en un momento a las dos mujeres en duelos y sobresaltos.

¿Qué sería de ellas de allí a poco, porque aquella condenada llevaba trazas de no parar de correr y de charlar hasta dar en los mismos estrados del Santo Oficio?

Pero la madre como más práctica en los trances de la vida dijo:

—Yo pienso que por ese lado no hay que temer, puesto que lo que fuese de nosotras tiene que ser de ella, porque en todo caso aparecerá como encubridora, y ya es sabido que la Inquisición castiga tanto al cómplice como al delincuente.

—Y mire en qué día ha venido a acontecer el percance —se lamentaba la hija—. ¿Cómo se ha de preparar la fiesta de esta noche, si no hay de quién fiarse? ¡Válgame Dios! quién iba a pensarlo.

—Hija, no hay que espantarse, después de todo, el que anda con fuego es el que se quema. Un día u otro tenía que llegar...

—Luego usted tiene un genio que no hay quien la sufra —arguyó la hija—. No pudo pasarla esta de ahora como la ha pasado otras que eran más causa para reñirla.

—¡Bah! ¡A que ahora voy a tener yo la culpa!

—Yo no sé quién la ha tenido, pero no tardaremos en ver los resultados y entonces serán las madres mías.

—¿A que ahora va a resultar que te has hecho tanto a la vida regalona, que te piensas duquesa nacida en pañales de seda? ¡Válgame Dios, hija, y qué flacas somos de memoria!

—Si yo no he sido más de lo que soy, ¿a quién se lo debo? ¿Por ventura me ha enseñado usted otra cosa?

—Con tal de que lo hubieses aprendido bien, que no sé cómo vuelve quien viene una vez. Más milagros tengo yo que hacer, para llevar la trama de la comedia, que hizo ese Jonás de que tú hablas para salir del vientre de un tiburón.

—De una ballena; parece mentira que no se trate usted con las gentes de su familia.

—Insolente, eso te faltaba, insultarme. Si yo cuando me vi desamparada, sin más patrimonio que tú en el mundo, te hubiese puesto en el torno de la Inclusa, no pasaría la pesadumbre al cabo de mis años de sufrir estos agravios.

—Su cuenta le tuvo en no hacer la heroicidad, porque gracias a esta carga pesada de entonces, vive usted ahora ligera de cuidados y disfrutando de la vida.

—Si viviera tu padre...

—Deje la resurrección de la carne para cuando Dios sea servido, y no muela, que se acaba el agua...

Y de aquí se fueron enredando las palabras tan fuertes y tan espesas, que no estuvo en poco que ambas lobas se llegaran a las manos y trascendiese el escándalo a la vecindad. Mas al fin se apaciguaron y de allí a poco apenas si conservaban recuerdo de lo pasado.

Aquella misma tarde fue cubierta la plaza vacante y por un par de días más continuaron su vida, pero al cabo de ello todo se derrumbó en el suelo como castillo de naipes, que en esto vienen a parar las grandezas y tramoyas de la vida...

Pero esto es cosa que merece capítulo aparte, y así, lector, te ruego, si la historia te trae intrigado, que vuelvas la hoja...

## VIII

La nieta de Maritornes se ofendió tanto de ser tratada con desconsideración, que no prometió en vano las amenazas y en cuanto se vio en la calle corrió a cumplir su palabra.

Y es fama que, al pasar ante la pastelería de Puerta de Moros, donde se hacían los mejores pasteles de liebres de toda la villa, sin duda por atención de estómago agradecido tuvo una punzada de conciencia y entró a decirle al pastelero:

—Maestro, porque le tengo ley y no soy amiga de que los justos paguen culpas de pecadores, quiero advertirle que se le acaba la parroquiana de la calle de los Santos, y, si mira por su hacienda, no deje de ir esta misma tarde a cobrar lo que se le debe.

—Pues, ¿qué ocurre? —dijo el hombre.

Mas la moza, muy contra su costumbre, no quiso detenerse a dar explicaciones, porque iba a cosa hecha y se limitó a responder ambiguamente.

—Antes lo verá de lo que se piensa, pero, si se quiere bien, no deje de ir hoy mismo según le advierto, mire que mañana será tarde.

Y salió de la tienda, dejando al maestro de las tortas hecho un mar de confusiones.

Ella embocó luego en San Andrés y entrando en la sacristía buscó al venerable párroco don Rafael Oseñalde.

Cuando le tuvo ante sí, le dijo con humildad y compostura que no se esperara de quien tan descompuesta, estaba no habría una hora.

—Padre. ¿Su reverencia puede escucharme un momento?

El ministro como vio el azoramiento de la tal, le pregunto:

—¿Es caso grave de conciencia?

A lo que respondió la moza.

—De todo hay, pero no es necesario que me oiga en confesión, porque es necesario para el buen gobierno de nuestra Santa Madre la Iglesia que haga uso público de lo que tengo que decirle.

—Bien, hija —replicó este—. Pues ve a esperarme en el confesionario de la capilla del Cristo, que al instante voy.

Y su merced, intrigado como estaba, salió detrás de la penitente.

\*\*\*

Muy contrita esperaba ella y apenas hechos los preámbulos de rigor comenzó de esta manera a descargar lo que llamaba conciencia:

—Me acuso padre de todo corazón y arrepintiéndome de ello como si estuviese a punto de entrar en la otra vida, que he servido a la falsa beata Clara y por más de tres años he contribuido a engañar a la gente sencilla con los embusteros milagros y profecías de mi perversa ama.

»Esa mujer no es tal bienaventurada, ni podía serlo en todos los años de su vida, aunque viviese tantos como dicen de Matusalén, porque tiene con ella a su madre, que es más bribona y más infame.

»Allí no se conoce el ayuno ni la devoción, todo es infame industria para vivir y holgarse deshonestamente cada noche.

»Lejos de macerarse las carnes con crueles disciplinas y cilicios inhumanos, las baña todos los días en aguas perfumadas, y no le faltan nunca la bergamota, la esencia de benjuí, ni el “vinagrillo de los siete ladrones”. A cada hora del reloj tiene un amante. Sale todos los anocheceres fingiendo ser una de las muchas damas bobas que acuden a visitarlas y a las que sacan los cuartos muy lindamente.

Yo me acuso padre, de haber callado estas herejías por tanto tiempo, pero, qué había de hacer si soy una pecadora, más amiga de los gustos y regodeos de la carne, que de la penitencia y las privaciones y en aquella casa me iba tan bien, que no fuera tanto en el mismísimo palacio del Señor Príncipe de la Paz... Eran tantas las propinas, tan continuados los agasajos... tan abundante y regalada la mesa, que el alma se me iba al infierno en coche... Juanillo el paje, si le envía a buscar su merced, dará buen informe de lo que digo, y aún mejor que nadie el pastelero de Puerta de Moros...

\*\*\*

No se espantó mucho el buen clérigo, porque hacía tiempo que le rondaban tales cosas por los alrededores del sentido común, y no acertaba a comprender cómo andaban en esta farsa gentes de tan gran autoridad.

—Luego, ¿estas declaraciones —preguntó a la moza— no las haces bajo secreto de confesión?

—¿Qué he de hacer? —dijo esta—, si tengo empeño en que se pregone a los cuatro vientos.

—Bien —repuso el clérigo; pues entonces haré de ello el uso que es debido; y en cuanto a ti, no te asustes, que no te pasará perjuicio alguno si no es la molestia de probar donde sea oportuno, cuanto acabas de decirme.

## IX

Cosa es sabida que entre gentes de buen humor presto se olvidan los disgustos y se hacen allá las rencillas, sin que la menor sombra de ellas venga a entristecerles un punto en la gorja; así pues, no es de extrañar, que apenas pasado el entremés de la criada respondona, no tornaron a traerla a la mente.

La falta de ella no fue gran obstáculo para la marcha del servicio, pues como *en casa llena presto se guisa la cena*, que dice el refrán, no tardó en hallar quién la sustituyese.

Se previno pues el bureo, y, si no le hubieran cortado en lo mejor, a fe que pudiera tenerse por el más divertido de cuantos hasta entonces iban hilvanados en aquella casa.

Las duquesas devotas, los cleriguillos desaprensivos y mujeriegos, como aquel tan magníficamente retratado por Espronceda, las majas de rumbo y los majos de plante, brindaban aquella noche asunto para un soberbio cartón al soberano autor de los *caprichos*, que fue lo único verdaderamente glorioso e imperecedero de aquellos tiempos.

Las burlas y vejámenes contra la gente crédula y bonachona que acudía en busca de milagros y prodigios era la salsa con que se aliñaba la juerga, y aun de ella se cantaban coplas al son de las vihuelas.

Del Nuncio para abajo no quedaba nadie bien librado, y por no tocar en la irreverencia y mal gusto, no se hace aquí mención de ninguno de los dichos y hechos. Allá la buena imaginación del lector los adivine, y aderece por sí, según su conciencia cristiana o neutral...

La media noche iba por filo.

En el corredor se hallaron nuevamente el tío Manolillo y la madre Claudia.

Esta venía de la calle. Aquel procuraba aliviar la pobreza de sus pulmones con el aire fresco que enviaba la Sierra.

—Tardecillo se anda —dijo este a la vieja.

—Y cómo ha de ser —respondió la Tal—. Los que somos pobres tenemos necesidad de buscarnos la vida como Dios quiere. Si fuésemos siervas del Altísimo y con treinta años menos, otro gallo nos cantara.

—Sabe su merced —arguyó el viejo bajando mucho la voz— que yo también voy entrando en sospecha de esa pájara.

—Bueno era su merced para marido confiado, puesto que vendría a enterarse cuando ya lo supiesen hasta las piedras.

—Lo digo, porque a punta de noche vi subir unas bateas del pastelero de Puerta de Moros, que desvanecían de buen olor... Y hace un rato trascendían hasta aquí, que no era posible tener en paz el estómago.

—Pues claro, hombre de Dios. ¿Se piensa que yo echaba la lengua al aire por ganas de ofender? ¿Qué me metía con ello en el bolsillo? No ve su merced, que yo en mis mocedades serví a un pájaro de la misma casta. Era hermano de todas las cofradías, administrador de la ronda de Pan y Huevo, echaba las saetas del Pecado Mortal, y no

faltaba al rosario callejero, aunque cayesen chuzos de punta, y luego en casa era el tío más perro y más malo del mundo. Pero de esta sé más nadie, mas no diré una palabra, porque tengo gusto de que los pájaros bobos se desengañen por sí mismos. Bástele saber que esta tarde estuve más de hora y media de cháchara con la criada, que ya no está en la casa. Si yo le dijera...

Y a pesar del empeño que decía tener porque cada hijo de vecino se convenciera por sí solo, se disponía la buena mujer a volcar el saco de sus noticias cuando en la escalera se oyó ruido de gente.

—Parece que suben —dijo el tío Manolillo.

—Será el del sotabanco con toda su ralea —respondió Claudia.

Mas presto unas lanternas aparecieron en el mismo corredor.

Espantados se quedaron los viejos, y sin duda que iban a pedir socorro, cuando uno de los artefactos luminosos, llevando por zancajo a un alguacil del Santo Oficio, se adelantó y les dijo:

—¡Ténganse a la Santa Inquisición! Nadie se mueva ni alce la voz si tiene aprecio a la vida.

Preguntó luego por el cuarto de la beata, y, sumándose a la comitiva, que no era nada numerosa, se dirigió al lugar indicado.

Los pobres viejos, por quitarse de tratos con tan buena gente, se fueron cada cual a su covacha, dispuestos a no salir de ellas como no les sacaran de por fuerza.

\*\*\*

En la puerta del Santuario sonaron tres golpes dados con el regatón de una vara para no hacer mucho ruido.

En un momento quedó paralizada toda la bulla.

El paje se acercó a la mirilla y preguntó quién era.

Como iban a cosa hecha, entre advertidos, respondieron con el santo y seña convenido entre los tertulios asiduos y la puerta se abrió.

El muchacho quiso dar la voz de alarma, y era a tiempo que la madre de la *santa* salía extrañada de la tardanza de este.

—¿Quién va estas horas? —preguntó con recelo del mal que se les venía encima.

A lo que, un poco socarronamente, respondió uno de los esbirros.

—No se alboroten ni espanten, que no somos más que la Santa Inquisición.

Y cuando oyó esto la pécora, cayó privada.

La dejaron con guarda y se metieron luego a descomponer el bureo.

Parece que fue buena la redada, pero como por el pronto no tenían interés más que por las dos mujeres, dejaron a los otros después de tomar sus nombres y domicilios, y es fama que había gente de muchas campanillas.

Dicen que la bienaventurada del Señor, cuando se vio descubierta, no mostró mucha mansedumbre ni conformidad, y según las palabras que de su boca salían, no se diría sino que hablaban por ella todas las furias del infierno.

Les mandaron poner los mantos, y luego salieron...

\*\*\*

En la calle esperaba un coche tirado por dos briosas mulas, que no las tuviera tan orondas y lucidas la comodidad de un arzobispo.

Las ruedas de la pesada máquina y los cascos de las bestias estaban envueltas en corcho, a fin de que no se sintiera ruido alguno en la quietud y silencio de la noche, que por esta estudiada precaución, pudieron sorprender a las pécoras tan de improviso.

Subieron a, coche las palomas y los gabilanes, y partió la carga con la misma precaución y silencio que había llegado, dando a poco en la cárcel del Santo Tribunal.

Nadie se dio cuenta en la vecindad, si no eran los dos viejos que trasnochaban haciendo la apología de la bienaventurada y estos, tan espantados y medrosos quedaron, que por boca de ellos nadie supiera la novedad, pues sabían muy bien que era saludable consejo aquel que dice:

Con la Inquisición,  
¡chitón!

## X

Amaneció el siguiente día, y fue triste el amanecer para los asiduos devotos.

Cada paso que daban hacia el Santuario era una puñalada a su fe.

La puerta estaba cerrada con el sello de la Inquisición.

Empezaron los comentarios.

Quién decía que fue una mala voluntad, que nunca falta en la tierra almas perversas, y estas le habían perdido.

Otras, que miraban el ídolo caído, volvieron grupas en su devoción y decían:

—No será oro todo lo que relucía, cuando a tal extremo la han traído, que de esta especie se están viendo mil cosas cada minuto.



—Cuántas veces no hay un manjar que es recreo de la vista y encanto del paladar, le comemos con verdadera ansia, y es luego veneno que roba la salud, cuando no la vida entera... Pues acaso esta bienaventurada sea pastel de esa misma harina.

Los vejetes de marras se asomaban un poco al corredor y se estaban quedos, aunque buenas ganas se les acudían de salir a dar satisfacción de lo que vieron.

\*\*\*

—¿Qué me dice usted ahora, tío Manolillo?

—Qué quiere usted que le diga, madre Claudia, que no me llega la camisa al cuerpo, y estoy maravillado de que a la hora esta no se hayan acordado de nosotros.

—Ni lo permita Dios, la Virgen del Socorro venga en nuestra ayuda, pero tenga cuenta con que aún faltan muchas horas para que se acabe el día.

—No haga presagios, vecina. Además, que nosotros somos unos infelices que no han cometido más culpa grave que la de vivir en la misma casa.

—No le decía yo a usted...

—Y pensar que estuve a punto de andar a cachetes con el mancebo de la real farmacia...

—¿Irán ahora estas mulas de reata a besarle el halda del vestido ni a llorarle penas y miserias en la *galera*...? Si viese las ganas que se me pasan de ser tea en la hoguera que le está esperando (porque menos que asada no paga) saliendo a decir: «Sí, señores, yo puedo dar fe de que es una lagarta muy grande y...».

—Usted tomará a bien de estarse aquí muy quietecita y callada, si es que se quiere bien y a mí no me tiene mal querer, pues a sabiendas, ningún daño le tengo hecho. ¡Pues a fe que la ocurrencia es peregrina!

Y metiéndose los dos en el chamizo de la madre Claudia, acabaron por atrancar la puerta.

Al fin acudió un par de corchetes del Santo Oficio, y lo mismo fue verlos aparecer por San Francisco el Grande, que quedar la calle de los Santos limpia de curiosos y devotos.

La noticia corrió de un punto a otro de la villa, llevando el asombro y estupor a todas las gentes.

Nadie se lo explicaba.

El Nuncio y el Obispo auxiliar de Madrid, que tanto habían intervenido en el negocio, dando pruebas de que para más que ocupar tan altos ministerios valían para guiar una recua, quisieron imponer su influjo, pero alguien les aconsejó bien, haciéndoles mirar el peligro en que se ponían y se limitaron a esconder su vergüenza en la soledad de sus palacios...

## EPÍLOGO

Como cabo de todo esto, la Inquisición, que siempre tuvo fama de cruel, dio una muestra de bondad, pues solo se contentó con enviar a la Beata y a su madre a sufrir unos cuantos años de cárcel, así como a los criados y cómplices de los más divertidos que acudían asiduamente a los ejercicios de devoción.

También ciertos personajes y personillas sufrieron el rigor eclesiástico y padecieron pena de destierro.

El pueblo hizo coro y se conformó con echar el caso a coplas más o menos malas, tales como estas:

«Si una mujer aparenta  
que es beata y conmovida  
está pasando una vida  
muy austera y penitenta,  
y así goza de gran renta  
por su grande devoción;  
y testigos de ello son  
el fraile, el obispo, el cura;  
sin embargo que es locura,  
nada digamos... chitón...»

«Si los tres y más un ciento,  
suplican al Padre Santo  
le conceda velo y manto,  
siendo su casa convento,  
si consiguen este intento,  
y para más perfección,  
en su misma habitación  
la dice la misa un cura;  
sin embargo que es locura,  
nada digamos... ¡chitón!»

«Si llegando a mayor grado  
la ignorancia de esta gente,  
todo un Dios Omnipotente  
le ponen sacramentado,  
y olvidando cuán sagrado  
es esto a la religión,  
le reducen a prisión  
en tan inmunda clausura,  
sin embargo que es locura,  
nada digamos... ¡chitón!»

«Si después de haber creído  
que es cierta su santidad,

descubren que la maldad,  
su centro en ella ha tenido,  
y que allí que se ha ofrecido  
al justo juez oblación,  
la mayor disolución  
se practica con holgura;  
sin embargo que es locura  
nada digamos... ¡chitón!»

«Si el público llega a ver  
que esa maldita embustera  
es mala como cualquiera  
y frágil como mujer;  
si en ello llega a entender  
la muy Santa Inquisición,  
y la pone en reclusión  
no llevando a obispo y cura,  
sin embargo que es locura,  
nada digamos... ¡chitón!».

\*\*\*

Diego San José

Madrid a 22 de septiembre de 1917